
MIGRACIONES EXTERIORES, TRANSICION DEMOGRAFICA Y PROCESO DE DESARROLLO

Jacinto Rodríguez Osuna

INTRODUCCION

Las migraciones exteriores ligadas a motivaciones de trabajo adquieren su máximo volumen a partir del siglo XIX. Desde esta fecha, los movimientos migratorios de este tipo no han cesado, dándose grandes ciclos con períodos de máxima y mínima intensidad.

Dada la importancia de las migraciones exteriores, no es de extrañar que las investigaciones sobre las mismas se hayan multiplicado. En ellas se han abordado la determinación de los flujos migratorios, el estudio de sus causas, de su trascendencia económica para los países de origen y de destino y para los propios emigrantes, el análisis de su repercusión en las formas de vida e integración de los emigrados, su aportación cultural a la formación de las nuevas naciones, etc. El tema, sin embargo, no está agotado y todavía queda un amplio camino por recorrer en la profundización del fenómeno migratorio.

En esta línea, el propósito de este artículo es volver sobre las migraciones exteriores, centrando el estudio en el análisis de las posibles líneas de fuerza que determinan el proceso. Para ello se van a seguir las grandes corrientes migratorias desde el siglo XIX, con la intención de dibujar las coordenadas en que se han producido y las peculiaridades que las caracterizan. Se pretende con ello resaltar los rasgos comunes y diferenciadores de las distintas corrien-

tes migratorias en búsqueda de nuevas aportaciones para la interpretación del fenómeno migratorio.

1. LAS GRANDES CORRIENTES MIGRATORIAS

Las migraciones exteriores por motivo de trabajo no son problema específico del siglo xx. Estas se han producido en la mayoría de los países hoy desarrollados con extraordinaria intensidad, aunque en época diferente. Si en la segunda mitad del siglo xx se han producido cuantiosas migraciones hacia la Europa desarrollada y América del Norte, en el siglo xix y los primeros años de la actual centuria se dieron grandes flujos migratorios entre Europa y el Nuevo Mundo, con un volumen de migraciones superior al producido en época reciente. Tanto los países europeos menos desarrollados como los pioneros en el proceso de industrialización fueron cuna de movimientos emigratorios de una intensidad desconocida. Inglaterra, Italia, Alemania, Austria, Hungría, España, Rusia, etc., fueron países de emigración, y de emigración intensiva, a finales del siglo pasado y principios del siglo xx.

En la cronología de las migraciones exteriores hay que señalar tres momentos álgidos en el proceso, aunque de distinta intensidad: la segunda mitad del siglo xix, los primeros años del siglo xx y los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. La oleada de migraciones, que se desarrolla a partir de la segunda mitad del siglo xix, adquiere nueva intensidad a principios del siglo xx. Responde al desarrollo de los países del Nuevo Mundo, que arrastra fuertes flujos migratorios sobre todo hacia Estados Unidos, Canadá, Brasil y Argentina. Se trata de un importante trasvase de población desde la vieja Europa, con altas densidades de población en relación a la de los países del Nuevo Mundo y con unos crecimientos vegetativos también elevados en relación al de los países de destino.

Los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial son el comienzo de una nueva era de prosperidad para los países de la Europa Occidental, diezmados por las contiendas bélicas y con bajas tasas de crecimiento vegetativo. La existencia de países ribereños del Mediterráneo, europeos y africanos, con niveles de desarrollo muy inferiores y con altos crecimientos vegetativos, que agudizaban la presión demográfica, va a dar lugar a que se pongan en contacto estas dos poblaciones y se produzcan flujos migratorios importantes. Estos van a abastecer los deficitarios mercados de trabajo europeos y a aliviar la presión de la oferta de trabajo en los países de emigración. Por eso, las migraciones de trabajadores adquirieron una relevancia extraordinaria en la Europa de los años sesenta, ya que la mayor parte de los países europeos, los del norte de Africa y muchos otros se vieron implicados en el proceso, bien como países emisores, bien como países receptores.

Estas tres oleadas migratorias no recubren todas las migraciones interna-

cionales por motivo de trabajo, pero por su volumen y características representan los movimientos migratorios de mayor importancia de la última centuria. De ahí que se tomen como punto de partida para los análisis que se realizan a continuación. Estos se van a centrar, por una parte, en el estudio de las corrientes migratorias hacia el Nuevo Mundo y, por otra, en el de las migraciones recientes hacia los países desarrollados.

2. LAS MIGRACIONES HACIA EL NUEVO MUNDO

Volumen, origen y destino

Las migraciones hacia el Nuevo Mundo empiezan a intensificarse a partir de 1853, para adquirir su máximo volumen, en el siglo XIX, en torno a 1890. A partir de esta fecha, los flujos migratorios descienden para volver con nueva intensidad a partir de 1905 y a adquirir, en torno a 1910, un volumen superior a 1.400.000 emigrantes por año, máximo ritmo de todo el período. Según cálculos de Woytinsky¹, las migraciones europeas del período fueron de unos 52 millones de emigrantes, de los cuales una buena parte tiene su origen en los países hoy desarrollados.

Las corrientes migratorias se inician en las Islas Británicas, con predominio de la participación irlandesa. Después se irán incorporando a la emigración otras naciones, entre las que se encuentran Italia, España, Portugal, Rusia, Alemania, países escandinavos, etc., que aportaron fuertes flujos a la emigración.

Estados Unidos es el destino de una gran parte de esta corriente migratoria, bien directamente, bien vía Canadá, ya que desde este país los emigrantes pasan, en una segunda etapa, a Estados Unidos. América Latina, sobre todo Argentina y Brasil, constituye el segundo polo de atracción de las migraciones de la época, que también se canalizan hacia Australia y Sudáfrica, por señalar solamente los puntos de destino más importantes.

Contexto general de estas migraciones

Las migraciones hacia el Nuevo Mundo se ven favorecidas, en primer lugar, por el desarrollo de las comunicaciones por mar, consecuencia de aplicar a la navegación marítima los adelantos de la máquina de vapor. Esto supone un considerable abaratamiento de los transportes y una notoria reducción del tiempo empleado en el viaje. Ello facilitó el trasvase desde Europa de un volumen tan importante de población.

La Europa emigrante del siglo XIX y principios del siglo XX se ve afectada por la transición demográfica y, en parte, por la revolución industrial. La

¹ W. S. WOYTINSKY y E. S. WOYTINSKY, *World population and production. Trends and outlook*, Nueva York, The Twentieth Century Fund., 1953.

mortalidad desciende por un proceso endógeno, debido a los adelantos en medicina, sanidad y a las mejoras que se irán produciendo en el campo de la alimentación. La curva de la mortalidad va perdiendo su configuración en dientes de sierra, típica de las epidemias, malas cosechas y demás incidencias catastróficas de épocas pasadas, y empieza a presentar un perfil descendente. Este no va acompañado, en una primera fase, por el descenso de la natalidad y, en consecuencia, se produce una explosión limitada del crecimiento de la población. En unos países, este crecimiento de la población llega al 1 por 100 anual, y en otros, como en España, este aumento es bastante menor y oscilante, dependiendo, en gran parte, de las crisis de subsistencia. En cualquiera de los casos, todos los países ven aumentar su población en relación a épocas anteriores, pero este aumento es limitado porque no supera, como norma general, el 1 por 100 anual y porque este crecimiento elevado sólo durará hasta que la natalidad empiece a descender.

Por su parte, la revolución industrial, que sólo afecta de lleno a una parte de Europa, empieza a producir excedentes de población activa, puesto que la máquina permite una productividad mucho mayor que la del trabajo preindustrial, al tiempo que da cabida en determinadas industrias a niños y mujeres, cuyos salarios son mucho más bajos. En consecuencia, se produce un aumento de la presión demográfica que rompe el precario equilibrio del pasado. En este contexto se produce la emigración al Nuevo Mundo, que durará hasta que empiece a cerrarse el ciclo de la transición demográfica, cuando ya los países hayan alcanzado un importante nivel de industrialización.

En el Nuevo Mundo, la situación es bien distinta. Son países poco poblados, con un crecimiento de la población mínimo, típico de los países preindustriales de la época. En ellos existen amplios recursos naturales aún vírgenes, a cuya explotación se dedicaron gran parte de los emigrantes europeos. Estos provienen de la vieja Europa, colonizadora de estos países y transmisora de su civilización y cultura. Además, en muchos casos, se habla el mismo idioma, lo que facilita la comunicación entre emigrantes y población nativa.

Si de alguna forma se quisiera destacar el rasgo más peculiar de estas migraciones se las podría llamar, con Bernard², migraciones de «excelencia». Proviene de países más ricos económica y culturalmente, y a los emigrados se les reconoce una mayor preparación técnica y comercial. Por eso su situación va a ser privilegiada, sobre todo en comparación con lo que pasaría, muchos años más tarde, con las migraciones desde los países no desarrollados a los desarrollados. De alguna forma se podría decir que estas migraciones están relacionadas con el proceso de colonización, en el sentido de que el origen es el mismo y de que se reconoce a los emigrados una cierta primacía en los países de destino.

² Comunicación de Philippe J. BERNARD a la Conferencia General del EADI, 1984.

Consecuencias

Las migraciones desde la Europa que se industrializa continúan hasta que el crecimiento vegetativo se atenúa y el proceso de industrialización se consolida. Han servido, durante este período, para disminuir la presión demográfica y facilitar el desarrollo de la industria. Pasada esta etapa, Europa vuelve a encontrar el equilibrio entre población y recursos, pero ahora con unos niveles de vida muy superiores a los que existían en la segunda mitad del siglo XIX. Otros países europeos de emigración no alcanzarán este equilibrio entre población y recursos, y de ahí que las migraciones continúen muchos años más tarde, pero en otras direcciones.

En los países de destino, las situaciones también son distintas. Unos se desarrollarán y seguirán siendo destino de migraciones, mientras que otros escasamente mejoran su situación y, con la llegada de la explosión demográfica, se convertirán, a su vez, en países de emigración.

3. LAS MIGRACIONES HACIA LOS PAISES DESARROLLADOS

Volumen, origen y destino

Las migraciones exteriores adquieren nueva intensidad en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, con un origen y destino bien diferente al de las analizadas anteriormente. Los saldos netos positivos de los principales países de inmigración arrojan, entre 1950-1970, un volumen de 18 millones de inmigrantes³, que responde a unos flujos migratorios que duplican dicha cifra. Las corrientes migratorias tienen su origen, ahora, en la Europa meridional y oriental, con un saldo neto negativo, para el mismo período, de 6,7 millones y 3,6 millones, respectivamente⁴, en los países mediterráneos del norte de África y Turquía, en América Latina y en muchas de las ex colonias de los países de inmigración.

Parte de estas migraciones tienen su origen y destino en un área relativamente reducida, la europea y la cuenca del Mediterráneo. Su importancia queda reflejada en los siguientes datos: Portugal, Irlanda y República Democrática de Alemania pierden por migraciones, entre 1950-1970, un volumen de población similar o superior al que representa su crecimiento vegetativo, mientras que en algunos países la inmigración, en el mismo período, representa un tercio o más del aumento total de la población. En esta situación se encuentran la República Federal de Alemania, Francia y Suiza. Por su parte,

³ FUENTES: Comisión Económica para Europa, *Recent demographic trends in Europe and the outlook until the year 2000* (E/Conf. 60/BP/1), cuadros 20 a 22; Naciones Unidas, *Demographic trends in the world and its major regions, 1950-1970* (E/Conf. 60/CBP/14, pp. 12 y 13); Naciones Unidas, *Demographic Yearbook* (varios números).

⁴ *Ibidem*.

Estados Unidos, Canadá y Australia también reciben importantes flujos migratorios, con una presencia cada vez mayor de emigrantes latinoamericanos en el caso de Estados Unidos. Estos flujos arrojan un saldo neto positivo, para el período 1950-1970, de 6,7 millones en Estados Unidos, 1,8 millones en Canadá y 1,7 millones en Australia.

En relación a las migraciones internacionales, analizadas anteriormente, ahora se nota una mayor diversidad de puntos de origen y la incorporación al proceso de los países del Tercer Mundo, ausentes en las primeras oleadas migratorias.

Contexto general de estas migraciones

Todos los países de emigración de este período se ven afectados por la transición demográfica y, algunos de ellos, por el proceso de desarrollo. Esto permite hacer una distinción entre países de emigración en desarrollo y países tercermundistas. Entre los primeros hay que incluir a España, cuya situación en muchos rasgos es parecida a la de los países emigrantes europeos de las primeras oleadas. La mortalidad española ha ido descendiendo a lo largo del presente siglo, pero también la natalidad, aunque con cierto desfase. Ello da como resultado un crecimiento vegetativo que en ninguno de los años supera el 1,2 por 100 anual. Se trata, por tanto, de un crecimiento de la población de intensidad limitada, sobre todo si se lo compara con el que se está dando en los países del Tercer Mundo. Además, se trata de un proceso endógeno, consecuencia de mejoras generales en el campo de la medicina y alimentación, que incide en el descenso de la mortalidad. Junto a esto, el proceso de industrialización se acelera con un elevado crecimiento del PIB. Ello lleva consigo un proceso general de modernización del país que se refleja en las pautas de fecundidad, dando como resultado una fecundidad dirigida, que va redundando en la disminución del crecimiento vegetativo. Este, en la actualidad, se sitúa en torno al 0,6 por 100 anual, reflejo de una transición demográfica ya cerrada. En este contexto, la emigración exterior española sirvió como mecanismo de ajuste para disminuir la presión demográfica en pleno desarrollo económico, evitando una tasa de paro elevada que hubiera dificultado el proceso.

La emigración desde los países no desarrollados es la más peculiar de este período, tanto por su intensidad como por no tener antecedentes relevantes en las oleadas migratorias, por motivos de trabajo, de épocas anteriores. Estos países, a partir de 1950, ven aumentar su crecimiento vegetativo en proporciones desconocidas, llegando a tasas anuales que oscilan entre el 2 y el 3 por 100. En el primer caso, los países duplicarían su población en treinta y cuatro años y, en el segundo, en veintitrés. Esta situación hace que el crecimiento de la población sea explosivo, sin perspectivas a corto plazo de reducirse, dado que se da un enorme desfase entre el descenso de la mortalidad

y el de la natalidad. Esto puede dar como resultado que, según cálculos de Naciones Unidas, no alcancen la población estacionaria hasta bien entrado el siglo XXII. A esta situación explosiva desde el punto de vista demográfico se unen los bajos niveles de renta, por lo que su distancia en relación a la situación de los países desarrollados se va agrandando, consecuencia del crecimiento vegetativo y los bajos niveles de desarrollo. Esto explica por qué estos países son potencialmente de emigración y por qué emigran, cuando las circunstancias se lo permiten.

En los países de inmigración, el contexto socioeconómico es diametralmente opuesto. En Europa, la densidad poblacional es elevada, pero las tasas de crecimiento vegetativo bajas. Además, a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, vieron considerablemente disminuidos sus efectivos laborales, al tiempo que emprendían un fuerte proceso de desarrollo que duró hasta 1973.

Estados Unidos, Canadá y el resto de los países de inmigración son países menos densos y, aunque su crecimiento vegetativo es un poco más elevado, dado su nivel de desarrollo ofrecen muchas posibilidades de empleo, lo que explica la fuerte atracción que ejercen sobre las poblaciones no desarrolladas.

Al contrario de lo que pasaba en las primeras oleadas migratorias, los emigrantes se dirigen ahora a países de distinto idioma para insertarse, en la mayoría de los casos, en la industria y los servicios. No se trata de migraciones de «excelencia», sino de emigrantes que van a ocupar los últimos puestos del sistema productivo, formando una categoría de población de segundo orden, por el trato que, en general, reciben en los países de destino.

Consecuencias

Una parte de los países de emigración encontraron en ésta un mecanismo de regulación de los excedentes de población, lo que les permitió hacer frente a un proceso de desarrollo sin presión demográfica. Una vez superada la fase de desarrollo, con crecimientos vegetativos ahora bajos, el ciclo migratorio de estos países se cierra. Otros, sin embargo, apenas han mejorado su situación interna, dado que sus tasas de crecimiento poblacional siguen siendo muy altas y su crecimiento económico muy bajo. De ahí que sigan siendo países potencialmente de emigración, aunque ésta ahora no se produzca por las barreras que a la misma ponen los países receptores. En cualquiera de los casos, la emigración de estos países puede resolver problemas puntuales de los emigrantes, pero no los enormes desequilibrios entre población y recursos.

A los países de destino, sin embargo, la emigración ha reportado grandes beneficios. En primer lugar, vino a cubrir los déficit de población activa producidos en Europa por la Segunda Guerra Mundial. Además, es una oferta de trabajo sin costes económicos para los países de destino en su período de formación. Por ser una oferta de trabajo prácticamente ilimitada, desequilibró el mercado de trabajo en los países de destino, contribuyendo a la con-

tención de salarios y evitando una posible inflación de costes. Sin embargo, y a pesar de la avalancha de inmigrados, no se crearon tensiones sociales entre los trabajadores de los países de inmigración, porque los inmigrados ocuparon los últimos puestos y facilitaron la movilidad profesional y económica de los trabajadores nativos.

4. MODELOS MIGRATORIOS

Las grandes corrientes migratorias, que se resumen en el cuadro adjunto, presentan múltiples peculiaridades en función de la época en que se produjeron y de los países de origen y destino. No obstante, atendiendo a determinadas características, se las podría reducir a tres grandes tipos:

- Migraciones desde la Europa en desarrollo.
- Migraciones desde la Europa no desarrollada.
- Migraciones desde los países del Tercer Mundo.

Migraciones desde la Europa en desarrollo

Las migraciones desde la Europa en desarrollo constituyen la primera gran corriente migratoria de la edad contemporánea. Coinciden con la transición demográfica y la industrialización de estos países y duran, aproximadamente, lo que estos procesos.

Si de alguna forma se quisieran destacar los rasgos peculiares de las mismas habría que señalar que se trata de migraciones de «excelencia», y que los desequilibrios existentes en origen entre población y recursos se van a ir resolviendo como consecuencia de un proceso endógeno.

Son migraciones de «excelencia» porque los emigrantes van, en gran parte, a las antiguas ex colonias, donde se habla el mismo idioma y donde a los emigrantes se les reconoce su preeminencia en el campo de la cultura, de la técnica, del comercio, etc. Los desequilibrios entre población y recursos se van a resolver por un doble camino: aumentando la generación de recursos e incidiendo sobre el descenso del crecimiento vegetativo.

La aplicación de la invención e innovación al campo industrial supone el aumento de la productividad y, para un determinado volumen de producción, la liberación de fuerza de trabajo. En la medida en que el proceso de industrialización se acelera, se multiplican las unidades de producción, aumenta la demanda de trabajo y se genera, finalmente, un volumen mucho mayor de producción. De esta forma, el sistema económico, que al principio generaba excedentes de trabajo, en una fase posterior absorbe toda la oferta con un volumen de producción mucho más elevado.

El descenso del crecimiento vegetativo va a ir ligado a lo anterior. La mortalidad desciende por la mejora de la alimentación, de la medicina, de

*Grandes corrientes migratorias internacionales por motivo de trabajo.
Situación demográfica y economía de los países de origen*

<i>Periodo</i>	<i>Origen</i>	<i>CRECIMIENTO VEGETATIVO</i>		<i>DESARROLLO ECONOMICO</i>		<i>Estado del ciclo al final del periodo</i>
		<i>Al principio</i>	<i>Al final</i>	<i>Al principio</i>	<i>Al final</i>	
Siglo XIX y primera mitad del siglo XX.	1. Europa en desarrollo.	Alto, pero limitado. Endógeno.	Bajo.	En industrialización.	Industrializados.	Cerrado.
	2. Europa no desarrollada.	Alto, pero limitado. Endógeno.	Alto, pero limitado.	Agricultura tradicional.	Agricultura tradicional. Inicios de industrialización.	Abierto.
Segunda mitad del siglo XX.	2. Europa no desarrollada.	Alto, pero limitado.	Bajo.	En industrialización.	Industrializados.	Cerrado.
	3. Países del Tercer Mundo:					
	3.1. Turquía.	Explosivo.	Explosivo.	Agricultura tradicional. Inicios de industrialización.	Agricultura tradicional. Sigue el proceso de industrialización.	Abierto.
	3.2. Gran parte de los países de América Latina.	Explosivo.	Explosivo.	Agricultura tradicional. Inicios de industrialización.	Agricultura tradicional. Sigue el proceso de industrialización.	Abierto.
	3.3. Países del norte de Africa.	Explosivo.	Explosivo.	Agricultura tradicional.	Agricultura tradicional.	Abierto.
	3.4. Antiguas colonias, no industrializadas.	Explosivo.	Explosivo.	Agricultura tradicional.	Agricultura tradicional.	Abierto.

NOTA: Dentro de cada período, los países o bloques de países están clasificados por niveles de desarrollo.

la sanidad, y la natalidad, cuando se pasa de una fecundidad biológica a una fecundidad dirigida. Esta última va íntimamente unida al proceso de modernización que incide sobre las pautas culturales.

El resultado final es el restablecimiento de un nuevo equilibrio entre población y recursos que pone fin a las migraciones internacionales por motivo de trabajo.

Migraciones desde la Europa no desarrollada

Las migraciones desde la Europa no desarrollada tienen características en parte similares a las anteriores. Se inician en la misma época, su destino es América Latina, coinciden con el inicio de la explosión demográfica y también son migraciones de «excelencia» en su primera etapa. Sin embargo, difieren en otros muchos puntos.

En primer lugar, el ciclo de estas migraciones es mucho más largo. Se desarrollan a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, como las anteriores, pero experimentan una nueva oleada en la segunda mitad del siglo XX. Su destino inicial es América, pero las de la última oleada se dirigen a la Europa desarrollada, donde los emigrantes no van a gozar del prestigio y consideraciones que tenían los de las primeras.

Los desequilibrios entre población y recursos son aquí mayores. Se inician en la etapa preindustrial, con niveles de renta muy inferiores a los de la Europa en desarrollo⁵ y con un crecimiento de la población en aumento, que no alcanzará su máximo crecimiento hasta bien entrado el siglo XX. Por eso, los desequilibrios entre población y recursos continuarán hasta que, en la segunda mitad del siglo XX, estos países se industrialicen y descienda de forma notoria su natalidad.

A la vista de los análisis esbozados, se puede concluir que las dos primeras oleadas migratorias de estos países, la de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, contribuyeron a mitigar la presión demográfica en unos países preindustriales. La tercera oleada, la de la segunda mitad del siglo XX, unida al proceso de industrialización, dará lugar en alguno de estos países a un nuevo equilibrio entre población y recursos, caracterizado por el aumento considerable de la productividad y la producción y el consiguiente descenso de la presión demográfica.

Migraciones desde los países del Tercer Mundo

Los países que se incluyen bajo esta rúbrica son muy heterogéneos y cada uno de ellos presenta peculiaridades económicas y culturales que le diferencian

⁵ Según François CARON, «Crecimiento económico», en Pierre LEON y otros, *Historia económica y social del mundo*, tomo 4, Madrid, Ediciones Encuentro, 1980, p. 74, la RPC de España era el 47,5 por 100 de la inglesa en 1880.

de los demás. Sus niveles de renta son distintos, lo mismo que el destino de sus migraciones. Los países latinoamericanos intentan emigrar a América del Norte, mientras que los de la cuenca del Mediterráneo hacia la Europa desarrollada. Hay, sin embargo, dos rasgos comunes a todos ellos: los niveles de renta son muy inferiores a los de los países desarrollados y el crecimiento demográfico es explosivo en todos ellos. Por este motivo se les incluye en este apartado, haciendo la salvedad de las diferencias existentes entre ellos.

Las migraciones exteriores de estos países por motivo de trabajo se inician en torno a 1950 y durarán hasta 1973, cuando los países de destino intensifican sus barreras a la inmigración. En todos ellos se da un precario desarrollo económico, diferente de país a país, y un crecimiento demográfico elevado que duplica, y a veces triplica, el de los países desarrollados en el momento de su mayor crecimiento vegetativo.

Desde el punto de vista económico, muchos de estos países tienen una RPC inferior a 800 dólares en 1981, y otros sobrepasan esta cifra pero no superan los 2.400, en los casos más favorables⁶. El crecimiento anual del PNB per cápita, en el período 1960-1981, se sitúa en torno al 3,4 por 100 para el conjunto de los países⁷, aunque en alguno de ellos se han dado crecimientos negativos. Estos datos reflejan la precaria situación económica de estas poblaciones, cuyos recursos provienen en muchos casos de la agricultura tradicional, con escasas perspectivas de iniciar el despegue económico. Esto pone en evidencia la presión demográfica existente, que se traduce en un acusado desequilibrio entre población y recursos. A lo anterior hay que añadir el elevado ritmo de crecimiento de la población, que se sitúa actualmente en una media anual del 2,6 por 100⁸.

Si se compara esta situación con las analizadas anteriormente, los puntos de diferencia son múltiples. En primer lugar, los desequilibrios entre población y recursos son superiores a los existentes en los países hoy desarrollados, cuando dieron origen a las migraciones internacionales. Además, desde época reciente, estos países están experimentando un explosivo crecimiento poblacional que no se había dado con anterioridad.

Finalmente, los países implicados en las primeras corrientes migratorias generaron sus propios mecanismos internos de desarrollo económico y control del crecimiento poblacional. Los países del Tercer Mundo dependen en su crecimiento económico de los países desarrollados, con escasas posibilidades de generar el desarrollo desde dentro. Por su parte, la explosión demográfica de estos países obedece al descenso de la mortalidad, consecuencia de importantes mejoras en el campo de la medicina y que han sido importadas del exterior. Sin embargo, no disponen de medios a corto plazo para incidir sobre

⁶ Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial 1983*, Washington, Banco Mundial, 1983.

⁷ *Ibidem*.

⁸ *Ibidem*.

la natalidad, ya que el paso a la fecundidad dirigida es fruto del cambio de valores, que evoluciona lentamente y va unido al progreso en otros campos.

La emigración exterior, en este contexto, tiene una incidencia diferente en función de los desequilibrios existentes entre población y recursos. Para sacar las adecuadas conclusiones a este respecto sería necesario analizar, país por país, la evolución de su nivel de desarrollo, el volumen de población, el ritmo de crecimiento de la misma y el volumen de emigrantes en relación a la población total. Este análisis escapa a los objetivos de este trabajo, pero, en cualquiera de los casos, los datos publicados por los organismos internacionales permiten adelantar que, en muchos de los países de emigración, los desequilibrios siguen siendo muy elevados.

5. LA EMIGRACION ESPAÑOLA

España es uno de los países clasificados dentro del grupo «migraciones desde la Europa no desarrollada» que ha logrado industrializarse, después de haber producido durante casi cien años importantes corrientes emigratorias. Por la peculiaridad del proceso se vuelve aquí sobre el mismo, con el intento de profundizar en la relación entre migraciones y atenuación de los desequilibrios entre población y recursos en los países de este grupo.

Volumen y destino

Las migraciones exteriores españolas por motivo de trabajo tienen lugar más tardíamente que en el resto de los países europeos y, además, son de menor intensidad. A ello contribuyen los obstáculos puestos a la emigración exterior en un país donde la política poblacionista ha tenido gran importancia. Las crisis cerealistas del siglo XIX ponen en evidencia la incapacidad del Estado para garantizar la subsistencia de sus habitantes, y ello da lugar a la apertura del ciclo migratorio.

Una primera oleada migratoria tiene lugar a finales del siglo XIX, con mayor intensidad en torno a 1889 y 1896, coincidiendo con las crisis de subsistencia. En total, el saldo neto migratorio arroja un balance negativo de 360.000, que representa la pérdida de población. La segunda oleada se produce a principios del siglo XX, sobre todo entre 1904 y 1915, con unos flujos migratorios superiores al 1.700.000 emigrantes y un saldo neto negativo de 600.000. Posteriormente se dan nuevas oleadas, de menor importancia, en la década de los veinte y en la de los cincuenta, con lo que se cierran, prácticamente, las migraciones transoceánicas españolas. Las migraciones hacia la Europa industrializada se desarrollan, fundamentalmente, a partir de 1956, con la reanudación de la emigración hacia Francia. Posteriormente irán en aumento, oscilando de unos años a otros, en función de la coyuntura europea. Según

datos suficientemente depurados⁹, los flujos migratorios españoles hacia Europa, entre 1960 y 1973, oscilan alrededor de dos millones de emigrantes. Debido a los continuos retornos, el saldo neto migratorio osciló de unos años a otros, pero puede establecerse en torno a los 800.000 emigrantes. Esto significaba que la población activa española se vio liberada de un 7 por 100 de sus efectivos que no presionaran sobre el mercado de trabajo español.

Contexto general de la emigración

Las primeras oleadas migratorias, las que se dirigen hacia América, se producen cuando España inicia su despegue demográfico y el crecimiento vegetativo empieza a crecer. En cualquiera de los casos, este crecimiento no se consolida, variando de unos años a otros, en función de la coyuntura económica de la época. Esta se ve atenazada por las sucesivas crisis de subsistencia a lo largo del siglo, por el fracaso de la desamortización y el estancamiento de la agricultura tradicional y por el bajo nivel de vida de los españoles, muy distante del de la Europa Occidental. En esta situación, el desarrollo industrial de Cataluña y País Vasco, polarizado en torno a las industrias textiles y siderurgia, respectivamente, y el desarrollo agrícola de Valencia tienen escasa repercusión en el conjunto nacional. En este contexto, los desequilibrios entre población y recursos perduran y la distancia en relación a la Europa que se desarrolla se va haciendo mayor.

Las migraciones transoceánicas de este período sirvieron para atenuar la presión demográfica, pero, sobre todo, resolvieron problemas puntuales de muchos de los emigrantes que se fueron a «hacer las Américas».

Las migraciones hacia la Europa industrializada se inscriben en otro contexto. El crecimiento de la población es, ahora, sostenido y más elevado, con una tendencia al aumento por el continuado descenso de la mortalidad. Este crecimiento vegetativo llegaría hasta el 1,2 por 100 anual en los años de mayor intensidad. Por su parte, la situación económica también ha mejorado sensiblemente. Baste recordar los siguientes datos: la población activa agrícola ha descendido de forma notoria, las migraciones interiores hacia las áreas de desarrollo se duplican, señal de que éstas han aumentado su actividad económica, y, finalmente, el crecimiento del PIB, en la época de la autarquía, rebasa ampliamente los crecimientos de épocas pasadas. La llegada del Plan de Estabilización va a suponer que, a partir de 1961, la salida de emigrantes hacia Europa aumente considerablemente, para superar en algunos años los 250.000. Es la etapa en que se consolida el proceso de industrialización español. Todo esto indica que las migraciones hacia la Europa desarrollada coinciden con el má-

⁹ Jacinto RODRÍGUEZ OSUNA, *Población y territorio en España. Siglos XIX y XX*, Madrid, Espasa Universitaria, 1985, pp. 75 y ss., hace un análisis crítico de los datos sobre emigración hacia Europa.

ximo crecimiento de la población española y con el período de consolidación del proceso de industrialización.

Consecuencias

Las migraciones internacionales tienen repercusiones sobre los países de destino y sobre los emigrantes, pero de éstas no se va a hablar aquí dado el enfoque de este trabajo. Interesa, sobre todo, analizar su importancia para atenuar los desequilibrios entre población y recursos en los países de origen.

Las primeras migraciones de la época contemporánea, las transoceánicas, tuvieron escasa incidencia sobre los desequilibrios españoles de la época, dado que no fueron cuantiosas, sobre todo las del siglo XIX, y dado que el desarrollo económico sufría un considerable retraso en relación al de la Europa Occidental. No se dio, por tanto, la conjunción entre migraciones —atenuación de la presión demográfica— y despegue económico. Las de época reciente, las continentales, sí han tenido importancia decisiva en el proceso de industrialización español y, consiguientemente, en la atenuación de los desequilibrios entre población y recursos.

Han servido, por una parte, para superar el estrangulamiento del mercado de trabajo que se produjo como consecuencia del Plan de Estabilización. Las migraciones exteriores españolas de los años sesenta supusieron, por su volumen, una reducción importante de la oferta de trabajo, sin que ello implicara el desabastecimiento del mercado, ya que había una reserva importante, la población activa agraria y la potencial población activa femenina, que no presionaba en el mercado de trabajo. De esta forma, sin la presión de la oferta de trabajo que hubiera podido implicar todo tipo de tensiones sobre el sistema, fue mucho más fácil la capitalización de la economía, que implicó una reducción relativa de la demanda de trabajo y, a la vez, un incremento de la producción y de la productividad. Es así cómo se pudo desarrollar un sistema más intensivo en capital, que permitió una elevada tasa de crecimiento y, de alguna forma, el paso de una sociedad preindustrial a otra en proceso de industrialización acelerada.

Se inició con ello un mecanismo regulador del mercado de trabajo que operaría a lo largo de toda la década de los setenta. Por parte de la demanda se operó una continua capitalización del sistema productivo, con la consiguiente reducción de la demanda de trabajo, que se vio compensada por la creación de nuevas industrias y el aumento de la productividad.

De esta forma, con la capitalización y el aumento de la productividad, se consiguió un incremento importante de la producción real, aumentado la población activa tan sólo en unos 848.000 trabajadores durante el decenio 1960-70. Por parte de la oferta, el mecanismo regulador consistió en una disminución de la misma, en términos relativos, como consecuencia, primero, de las migraciones exteriores y, después, del retraso de la edad de entrada al trabajo

y el adelanto de la edad de salida, que fue posible gracias al incremento de la productividad.

Las migraciones exteriores españolas tienen, por tanto, la importancia positiva de haber posibilitado la puesta en marcha de un mecanismo de regulación del mercado de trabajo que se inició por la exportación del paro, migraciones exteriores, y se continuó por el incremento de la productividad y la salida del trabajo de la población marginal, niños y ancianos.

Por otra parte, las remesas de emigrantes han servido para financiar parte de las importaciones. De 1960 a 1976, las remesas de emigrantes, vía bancaria, supusieron 490.040 millones de pesetas, lo que contribuyó a cubrir una parte importante del déficit comercial. Si a esa cifra se añaden las remesas no canalizadas por conducto bancario, la cifra total se eleva a unos 740.000 millones de pesetas en divisas, lo que supone una fuerte inyección para la economía de un país en industrialización.

El resultado final del proceso es que, por este camino, se actuó sobre la población y sobre los recursos, conjuntamente, logrando atenuar los desequilibrios. Se dispuso de un mecanismo regulador de los excedentes de población, importante porque coincidió con el máximo crecimiento vegetativo, que también sirvió para regular el mercado de trabajo. Pero, a la vez, esta salida de emigrantes actuó sobre el desarrollo económico, vía remesa de emigrantes. Al final del proceso, y ligado al mismo, la natalidad inició un nuevo descenso que reduce el crecimiento demográfico a niveles bajos.

6. EL FUTURO DE LAS MIGRACIONES

La crisis de 1973 supone el final de las migraciones hacia los países industrializados, dando así por cerrada la que hemos llamado tercera oleada migratoria. A esto hay que añadir que en los países de destino ha tenido lugar un movimiento generalizado de expulsión de los emigrantes de diferente intensidad.

Sin embargo, hay tres hechos que subsisten y que están en la base de las migraciones: la explosión demográfica, el bajo nivel de vida de los países tercermundistas y la gigantesca diferencia entre los niveles de vida de unos y otros países.

La explosión demográfica de los países tercermundistas se traduce en unos crecimientos naturales de población, que oscilan entre el 2 y el 3 por 100 anual. Esto, que era impensable antes de 1950, hoy es un hecho generalizado. El problema radica en que no se ven perspectivas, a corto plazo, de cambio de tendencia, dado que la natalidad no se la manipula fácilmente y que su descenso va ligado al cambio de pautas de comportamiento. De ahí que todos los esfuerzos hechos en este sentido den, por ahora, escasos resultados.

El bajo nivel de vida de los países tercermundistas sigue subsistiendo y la

salida al problema tampoco resulta fácil. El crecimiento de la población es tan elevado que, en la mayoría de los casos, absorbe el crecimiento del PIB, perpetuándose la situación. No se da aumento del nivel de vida, en parte, porque no desciende la natalidad, y ésta no desciende porque no aumenta el nivel de vida y no se producen los cambios de mentalidad que éste implica.

La diferencia entre los niveles de vida de los diferentes países se ha ido agrandando considerablemente, desde la revolución industrial. Si en los países subdesarrollados han mejorado muy poco los niveles de renta, en los países industrializados el incremento ha sido extraordinario. Por eso, la distancia entre unos y otros es cada vez mayor, y de ahí que las motivaciones de la emigración hayan ido aumentando cada vez más, sobre todo desde que en los países subdesarrollados se tiene un mejor conocimiento de los estándares de vida de los países industrializados.

Esto hace que los países del Tercer Mundo sean emigrantes en potencia y que la emigración se vuelva a intensificar tan pronto los países de destino atenúen sus barreras a la misma. Es más, aunque el crecimiento de la población de estos países descendiera drásticamente, las migraciones seguirían produciéndose dado los enormes desequilibrios existentes entre población y recursos. La única manera de que las potenciales migraciones de trabajo descendieran sería la atenuación de los desequilibrios actuando conjuntamente sobre el descenso de la población y el aumento de la generación de recursos. Esto se dio en el caso de la Europa en desarrollo y, también, aunque más tardíamente, en el caso de España. La situación de la economía mundial y el peso poblacional creciente de los países del Tercer Mundo hacen difícil una salida parecida generalizable, similar a la europea.

Hay, en este campo, un nuevo dato que refuerza la idea de que las migraciones internacionales por motivo de trabajo no se han cerrado. Algunos países desarrollados, como Alemania, están teniendo, desde hace poco, crecimientos vegetativos negativos. Esto supone la aceleración del envejecimiento de su población y el descenso paulatino de su fuerza de trabajo. El resultado previsible será, en un plazo más o menos lejano, la vuelta al recurso de la inmigración, tal como sucediera en los años cincuenta. Este hecho, de producirse, reportaría importantes ventajas en los países de destino, pero, en los de origen, la incidencia ventajosa sería escasa mientras no se actúe, paralelamente, sobre la generación de recursos.